

vengar con su desenfreno borrascoso la sangre de los justos. Durante muchos días se vió la Italia envuelta en densas tinieblas : Roma, la Libia y el Asia vieron desplomarse poblaciones enteras por un terremoto espantoso. Entretanto comenzaban ya los Bárbaros á tomar posesion del imperio romano : los Germanos invadieron las Galias hasta los Pirineos, atravesaron estos montes, asolaron una parte de España, y se presentaron hasta en las orillas de la Mauritania, atónitos todos de ver esta nueva raza de hombres. Los Alemanes, otra parte de la Germania, entraron en Italia en número de trescientos mil hombres y se acamparon en las cercanías de Roma. Arrasaron la Iliria los Godos, Sármatas y Cuados. La Escitia vomitaba sus pueblos sobre el Asia menor y la Grecia. Estos guerreros medio desnudos se embarcaron en el Ponto Euxino, en unas especies de cabañas flotantes, fiándose á un mar tempestuoso y en marinos tímidos. Sorprendieron á Trebisonda, asolaron la provincia del Ponto, y habiendo apresado numerosos Romanos, se los llevaron cautivos al desierto como trofeos de su triunfo. Otros Godos y otros Escitas, animados con este ejemplo, hacen construir una armada por sus prisioneros, parten de las orillas del Tánaís, atraviesan el Bósforo, arriban al Asia, saquean á Calcedonia y se retiran despues de haber entregado á las llamas Nicea y Nicomedia. En fin, para completar el cuadro de tanto desastre, Valeriano, que habia regado con sangre cristiana el mundo todo, hecho prisionero de Sapor, rey de Persia, servia de estribo á este su vencedor cuando montaba á caballo; y como si la desgracia hubiera de sobrevivir en él á su crimen, despues de muerto Valeriano, disecado su pellejo, curtido y teñido de encarnado, quedó colgado muchos siglos de las bóvedas del principal templo de Persia. Su propio hijo, Galieno, considerando tal desgracia como una abdicacion, se contentó con decir al recibir tan triste nueva (la de su cautiverio) : « Ya sabia yo que mi padre era mortal. » Tamaños desastres tuvieron por resultado el fin de la octava persecucion general.

CAPITULO XIII.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Eleccion del papa san Dionisio. Caridad de los cristianos. Progresos del cristianismo. — 2. Decadencia del imperio bajo Galieno. — 3. Herejía de Sabelio. — 4. Pablo de Samosata. — 5. Muerte de san Dionisio de Alejandria y de san Gregorio Taumaturgo. — 6. Muerte del papa san Dionisio.

§ II. PONTIFICADO DE SAN FÉLIX I (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Eleccion del papa san Félix I. — 8. Manes. — 9. Carta de Manes á Marcelo. — 10. Principios fundamentales de los errores de Manes. — 11. Conferencia entre san Arquelao, obispo de Carrhas, y Manes. Otra conferencia entre el sacerdote Diodoro y Manes. — 12. Nona persecucion general de la Iglesia bajo Aureliano. — 13. Martirio del papa san Félix I.

§ III. PONTIFICADO DE SAN EUTIQUIANO (4 de enero de 275-3 de diciembre de 283).

14. Eleccion de san Eutiquiano. Fin de la nona persecucion general de la Iglesia. 15. Doroteo, sacerdote de Antioquia. Aquilas de Alejandria. — 16. San Félix de Nola. — 17. Progresos del maniqueismo en Egipto y en la Siria. — 18. Muerte del papa san Eutiquiano.

§ IV. PONTIFICADO DE SAN CAYO (16 de diciembre de 283-22 de abril de 296).

19. Eleccion de san Cayo. — 20. Martirio de san Sebastian. — 21. Martirio de la legion Tebana. — 22. Martirio de san Victor en Marsella. — 23. Crueldades de Riccio Varo. — 24. Secta de los Hieracitas de Egipto. — 25. Conversion de Arnobio : sus siete libros contra los Gentiles. — 26. Eleccion de Constanccio Chloro y de Galerio al imperio. — 27. Instrucciones de santo Tomás, obispo de Alejandria á los oficiales de la corte de Diocleciano. — 28. Muerte del papa san Cayo.

§ I. PONTIFICADO DE SAN DIONISIO (22 de julio de 259-26 de diciembre de 269).

1. Fué elegido papa san Dionisio el 22 de julio de 259, y consagrado por Máximo, obispo de Ostia. La antigua costumbre, en vigor ya en este tiempo, y que notaba en el suyo san Agustin, daba á los obispos de Ostia el privilegio de consagrar á los romanos Pontífices. Las calamidades que asolaban el imperio ofrecian un vastísimo campo al celo y caridad de san Dionisio. Envió sumas considerables de dinero á Cesarea de

Capadocia para rescatar los cautivos caídos en manos de los Bárbaros. Se diría que los cristianos no se ocupaban sino en pagar con beneficios los males que les ocasionaban sus perseguidores. El otro san Dionisio, obispo de Alejandría, volviendo de su destierro, halló su ciudad episcopal presa de los furros de la guerra civil. Cada edificio, en aquella inmensa ciudad, era una fortaleza; cada calle, un campo de batalla: una parte de la población había perecido, y se quedó vacío el *Bruquion*. No se podía pasar de un barrio al otro, y era más fácil de escribir del Oriente al Occidente y recibir respuesta, que de Alejandría á la misma Alejandría. Sucedieron á la guerra civil el hambre y la peste: el obispo y los cristianos se multiplicaban para hacer frente á todas las necesidades, para calmar los odios, y aliviar la miseria. Era hermoso espectáculo ver dominar el cristianismo á todas aquellas ruinas que se habían acumulado por do quiera á impulso de las pasiones, y ver como se aumentaba con lo que parecia deberlo aniquilar. Hasta los Bárbaros comenzaron á sentir su influencia. Entre los cautivos, se habían llevado muchos santos obispos y sacerdotes, que curaban á los enfermos, arrojaban los demonios en nombre de Cristo, y enseñaban la virtud con sus discursos y ejemplos. Admirábanlos los Bárbaros y se persuadían de que imitándolos se harían propicio á Dios. Muchos se hacían discípulos de sus esclavos, y se iban formando iglesias nuevas. Tal fué el principio del cristianismo entre los Godos, Sármatas y Germanos.

2. En tanto que se iba inoculando por el mundo romano y bárbaro una virtud de vida en nombre de Jesucristo, el paganismo se iba consumiendo en placeres y sueños insensatos. A cada noticia funesta, Galieno se echaba á reír y buscaba nuevos festines, nuevos juegos para el día siguiente. Porfirio escribió tratados contra los cristianos á quienes nombraban martirizar los emperadores, y Plotino, su maestro de filosofía, alcanzaba de Galieno una ciudad arruinada de la Campania, á la que le daba el nombre de Platonópolis, donde queria establecer la famosa república de Platon. Estos hermosos proyectos abortaban

ban á pesar del favor y riquezas imperiales. Aquello era todo lo que podía oponer el espirante paganismo á la invasión de los Bárbaros, y á la extensión del cristianismo, que sacaba provecho aun de los golpes mismos con que se intentaba aniquilarlo. A la muerte de Galieno, treinta generales tomaron la púrpura imperial, que más bien les servía de sábana sepulcral. El mundo moral pertenecía ya á los cristianos, y el imperio iba á pertenecer á los Bárbaros.

3. No faltaban empero disensiones intestinas en esta religion tan frecuentemente probada por la violencia de las persecuciones. En 257, Sabelio había renovado en la Libia Cirenaica la herejía de Noecio y de Praxeas: negaba, como estos, la Trinidad, y la distinción real de las tres personas divinas. Abrazaron estos errores muchos obispos del Egipto, y se propagaba tanto la herejía, que casi no se atrevía ya nadie á decir públicamente que Jesucristo era hijo de Dios. San Dionisio de Alejandría, al saber el peligro que corría la fe, multiplicó sus exhortaciones, cartas, esfuerzos, para hacer triunfar la sana doctrina. Insistió pues vivamente, en sus discursos y tratados, sobre la distinción de las tres personas de la santísima Trinidad. Jesucristo en su Evangelio dice de sí mismo: «Yo soy la viña y mi Padre el cultivador. Ahora bien, la viña y el cultivador, la obra y el artífice no son lo mismo.» Algunos fieles bien instruidos en la fe, al leer estas expresiones, creyeron apercibirse de que el obispo de Alejandría enseñaba que el Hijo era una criatura, y que no lo miraba como *homousion* ó consustancial al Padre. — Este término de *homousion*, ó consustancial, que tantas tempestadas levantará, es muy notable en la boca de simples fieles, sesenta años antes del concilio de Nicea. — Se tomó de aquí ocasión de acusar á san Dionisio de Alejandría ante el papa san Dionisio. El soberano pontífice juntó en Roma en 264 un concilio que condenaba á la vez las dos impiedades opuestas, mas igualmente fatales; la de los que sostenían la doctrina de Sabelio, y la de los que decían que el Verbo había sido creado, hecho ó formado, y que no era *consustancial* al Padre. El papa escribió

en seguida á san Dionisio de Alejandria, para que tuviese á bien explicar su doctrina y justificarse de los errores que se le imputaban. El patriarca de Alejandria respondió protestando su fe al Verbo *consustancial*. Explicó, en su carta al papa y en un tratado especial, las razones que le habian movido á insistir mas particularmente sobre las pruebas de la distincion de las personas en la santísima Trinidad, para refutar la herejía de Sabelio. Se justificó completamente el santo, porque no se habia desviado un ápice de la verdad, y mas tarde se valió de su doctrina san Atanasio para confundir á los Arrianos con la imponente autoridad de un santo tan venerado.

4. Otro heresiarca mas temible que Sabelio dogmatizaba en la Siria; y era Pablo Samosateno, obispo de Antioquia, en el año de 263. De costumbres mas que sospechosas, de carácter arrogante, muy ufano y fastuoso, y ambicionando meter ruido, no habia visto en la alta dignidad de que se hallaba revestido sino un medio de satisfacer sus pasiones. Afectaba el lujo de los magistrados y procónsules romanos: su silla patriarcal se parecia mas bien al tribunal de los gobernadores de provincia, y ansiaba aplausos para hacer brillar mas la elocuencia de sus discursos. Lo que mas contribuia á fomentar su orgullo era el favor de que gozaba para con Zenobia, reina de Palmira. Esta princesa, de origen judía, habia deseado instruirse en la religion cristiana, y se habia dirigido con este objeto á Pablo de Samosata. Este obispo, indigno de serlo, intentaba explicar el misterio de la Encarnación admitiendo en Jesucristo dos personas, ó segun el vocablo griego dos *hipóstasis*; la una, el Hijo de Dios por naturaleza y preexistente á todos los siglos; la otra, el hijo de David, nacido en el tiempo, y que habia recibido el nombre de Hijo de Dios despues de su union con el Verbo, al modo que una ciudad recibe el nombre de su fundador ó soberano, y una casa el de su dueño. Este error, que mas tarde desarrolló Nestorio y al que dió su nombre, fué vigorosamente refutado por san Dionisio de Alejandria, á quien se le ve siempre en la brecha cuando se trata de defender la verdad y la fe.

« El Verbo se hizo carne, decia el santo patriarca, sin division ni partes. No se distinguen en él dos personas, como si el Verbo habitase en el hombre y no fuese unido á él. ¿Cómo os atreveriais pues á llamar á Jesucristo un hombre distinguido por su ingenio, siendo Dios verdadero como es, adorado por todas las criaturas con el Padre y el Espíritu Santo, encarnado en la santísima Virgen María, madre de Dios? » El nombre de Madre de Dios, *theotocos*, dado á la santísima Virgen por san Dionisio de Alejandria, y confirmado mas tarde por el concilio general de Éfeso, no era nuevo en la Iglesia. San Metodio de Patara lo habia empleado ya; Orígenes lo usó tambien en su comentario al Evangelio segun san Lucas, y en su Tratado sobre la Epístola á los Romanos desenvuelve extensamente las razones que se lo han hecho dar á la santísima Virgen. Dos concilios, reunidos sucesivamente en Antioquia (264-268), condenaron los errores de Pablo Samosateno; mas su autor, usando siempre de subterfugios y protestando su sumision, habia logrado evitar un anatema nominal. Por fin, un tercer concilio del año 269, celebrado en la misma ciudad, le depuso solemnemente y eligió otro obispo en su lugar.

5. San Dionisio de Alejandria no vió el fin de este negocio, porque habia muerto en 264, durante el primer concilio de Antioquia, convocado especialmente á impulsos y esfuerzos suyos. Habia ocupado diez y siete años la silla patriarcal de Alejandria, y resonaba su nombre gloriosamente invocado en todas las luchas de aquella época tan borrascosa. Sus trabajos, su valor en la persecucion, sus virtudes, iguales á su ingenio, le valieron el título de Magno. — Casi en la misma época moria otro discípulo de Orígenes, no menos ilustre, san Gregorio Taumaturgo, obispo de Cesarea, á quien hasta los enemigos mismos de la Iglesia llaman un segundo Moisés, por causa de sus milagros. « Gracias doy á Dios, decia antes de espirar, de que no habiendo hallado sino diez y siete cristianos en mi diócesis cuando llegué, no dejo sino diez y siete infieles cuando me voy. » Prohibió que se le comprase terreno especial para su sepultura, « para que sepa la posteridad, decia él,

» que Gregorio no ha poseído nada en este mundo, ni aun un » sepulcro. » Feliz edad de la naciente Iglesia, en que la santidad se dejaba como en herencia, y en que se hallaba siempre un discípulo para recoger el manto de Elías.

6. El papa san Dionisio murió también el 26 de diciembre de 269, después de diez años de pontificado. Le llama san Basilio un papa ilustre por la integridad de la fe y el brillo de sus virtudes. Las dos herejías de Sabelio y Pablo de Samosata habían hallado en él un dignísimo adversario. Había dividido las iglesias y cementerios de Roma entre sus sacerdotes, y estableció la división de las diócesis y de las parroquias. Ordenó á san Zamas, primer obispo de Bolonia; se esmeró mucho en restablecer en su primitivo vigor las diversas instituciones canónicas y disciplinales, algun tanto perturbadas durante la persecución de Valeriano. Este santo pontífice poseía profundos conocimientos de las doctrinas de la Iglesia. Ya en los tiempos de la discusión sobre el bautismo conferido por los herejes, y no siendo aun sino simple sacerdote, había dado pruebas de sus ciencias eclesiásticas, sosteniendo con calor la decisión del papa san Estéban I, y uniéndose más tarde á su tocayo san Dionisio de Alejandría, cuando este trataba de moderar la severidad de la sentencia y de aconsejar la paz.

S. II. SAN FÉLIX I, PAPA (27 de diciembre de 269-22 de diciembre de 274).

7. Al siguiente día del fallecimiento del papa san Dionisio, fué elegido para sucederle san Félix, primero de este nombre. Pero después recibió la carta dirigida á su antecesor, por la cual participaban á la Santa Sede los obispos del concilio Antioqueno la condenación de Pablo Samosateno: la confirmó el nuevo papa con su autoridad, y escribió así á Máximo, obispo de Alejandría, sucesor de san Dionisio en el gobierno de aquella iglesia por estas palabras: « Creemos en Jesucristo, » nuestro Señor, nacido de la Virgen María. Creemos que es » el Verbo eterno, hijo unigénito de Dios. No; no habitó sola- » mente Dios en un hombre: hijo de Dios, era Dios perfecto

» y hombre perfecto después de su encarnación, sin que se » puedan distinguir en él dos personas. »

8. Desde el fondo mismo de la Persia, otro hereje, cuyo nombre y errores estaban destinados á mayor resonamiento, preparaba nuevas borrascas en la Iglesia. Anunciábase como enviado de Dios para hacer recordar al mundo la verdad, y traer los cristianos á la pureza de la fe. Su traje era tan extraño como su doctrina; y su singularidad exaltaba la imaginación de las muchedumbres. Llevaba borceguies con talones muy altos para aumentar su estatura; un manto flotante de diversos colores, lo que daba á su andar y á su porte algo de aéreo; llevaba un gran bastón de ébano sobre que se apoyaba cuando marchaba, y bajo del brazo un libro escrito en caracteres babilonios; una pierna envuelta en una tela encarnada, y la otra pierna en otra de sarga verde. Tal se hacía ver, semejante á un sátrapa persa, el esclavo Cubric, hecho muy pronto heresiarca, y llamándose Manes, padre del maniqueísmo. Se atribuía el don de milagros, y pretendía curar todas las enfermedades con la eficacia de sus oraciones. Echado á un calabozo por sus imposturas, había asesinado á su carcelero: logró escaparse de la cárcel, y salirse de Persia, su patria: se presentó en Carrhas de la Mesopotamia el antiguo Haran de la Escritura, precedido de la reputación que se había hecho con ayuda de cómplices ó de seducidos, y de esta carta extraña que había dirigido á Marcel, discípulo de san Arquelao, obispo de aquella ciudad:

9. « Manes, apóstol de Jesucristo, y todos los santos y vír- » genes que están conmigo, á Marcelo, mi hijo muy amado, » gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y nuestro » Señor Jesucristo. Presérveos la mano de luz de los males » del siglo presente, de sus peligros y de los lazos del princi- » pio del mal. Amen. — He sabido con gozo que es grande » vuestra caridad; pero me es muy doloroso de no ver vuestra » fe conforme á la verdadera doctrina. Enviado por Dios para » enderezar el género humano, que se va perdiendo, he creído » necesario escribiros para la salvación de vuestra alma y bien